

¡Pablo VI, Beato! El Papa que amaba a los salesianos

Enrica Rosanna, f.m.a.

Colaboradora del Centro internacional de estudio y documentación del "Instituto Paolo VI".

"¡Pablo VI, Beato! El Papa que amaba a los salesianos". Así intitula don Gianni Caputa su artículo en el Boletín salesiano del mes de octubre de 2015. Y subraya: «Yo recuerdo que, en el estudio de mi padre, en una esquinita al lado del escritorio, estaba colgado un cuadrito de don Bosco».

Después, continuando la citación, anota:

«Debajo estaba escrito, creo que por la mano de don Bosco, estas palabras que se quedaron impresas en mi memoria: "En muerte se recoge el fruto de las buenas obras". Es un dicho de don Bosco y todas las veces que yo me acercaba al estudio de mi padre, iba a darle una ojeada al cuadro con esas palabras escritas debajo. Que se me quedaron, repito, impresas textualmente en el corazón». Hasta aquí don Caputa.

Quien ha tenido el gozo de visitar la Casa natal de Pablo VI a Concesio encuentra recuerdos Salesianos: una estatuita de don Bosco, la bendición de don Rinaldi a don Luis (misionario salesiano y primo de Pablo VI), el retrato del misionario salesiano don Luis, una acuarela que muestra a don Luis entre los muchachos indígenas del Amazonas. Es significativo que en la casa natal de Pablo VI permanezcan estos simples signos que nos indican que don Bosco y la Congregación salesiana fueron "familiares" al futuro gran Papa Pablo VI desde la juventud.

Dando una ojeada rápida a la vida de Pablo VI, vemos que esta familiaridad se caracteriza por gestos concretos: visitas a las obras salesianas en Polonia, donde se reunió con los salesianos diciendo: "Son sacerdotes de nuestra índole". Fueron numerosas las colaboraciones con los Salesianos (frecuentemente iba al poblado de los niños en Prenestino durante el período de la Secretaría de Estado).

En la parroquia de Santa Ana en el Vaticano hay una pequeña habitación en la cual Juan Battista Montini cada domingo iba a confesar a los jóvenes. Ciertamente conocía la importancia que Don Bosco dio a la confesión en su proyecto educativo. Don Bosco confesaba por horas, hasta el agotamiento y todos los jóvenes deseaban confesarse con él.

Por todo esto, se puede decir que, en el contacto con los Salesianos, Montini maduró su vocación de apóstol-educador, lo que dará un tono distintivo a toda su misión.

Hay muchos otros hechos posteriores que documentan la presencia de Juan Battista Montini al lado de los Salesianos. En primer lugar, quiero mencionar uno muy importante: el confiar a los Salesianos - cuando era arzobispo de Milán - el reformatorio en Arese, cerca de Milán (el *barabitt*). No puedo dejar de mencionar la presencia del arzobispo de Milán y del Papa Pablo VI tanto en nuestro Instituto de las Hijas de María Auxiliadora como en la Congregación Salesiana, de los cuales tenemos muchos testimonios maravillosos en nuestros archivos.

Pero veamos la comparación entre Pablo VI y Don Bosco. Una comparación que pone de relieve la profunda armonía entre los dos “educadores santos”, hijos de madres educadoras santas (para Pablo VI también de un padre educador).

Cito de Pablo VI: *“A mi madre debo el sentido de recogimiento, de la vida interior, de la meditación que es oración y de la oración que es meditación. Toda su vida fue un don. Al amor de mi padre y de mi madre, a su unión, debo el amor de Dios y de los hombres...”*.

“A mi padre debo los ejemplos de valor, la premura de no rendirse pasivamente al mal, el juramento de jamás preferir la vida a las razones de la vida. Su enseñanza se puede resumir, en una palabra: dar testimonio”.

Cito de Don Bosco: *“Recuerdo que mi madre me preparó para la primera confesión, me llevó a la iglesia; comenzó por confesarse ella, me recomendó al confesor, después me ayudó a dar gracias”*.

La sabiduría educativa de Mamá Margarita llegó a la culminación cuando Don Bosco habla de su primera comunión a la edad de 11 años. Mamá Margarita es la catequista que lo prepara a recibir a Jesús, lo acompaña con el ejemplo y las palabras el día de su primera Comunión, y, continúa a seguirlo después para que ponga en práctica las propuestas formuladas.

Me atrevo a decir que, cuando se trata de educar a los jóvenes, Pablo VI es salesiano y Don Bosco es montiniano. Tanto para uno como para el otro es un acto de amor, ejercicio de la “caridad intelectual”, que requiere responsabilidad, dedicación, integridad de vida”.

Hasta mi última respiración será para mis jóvenes, decía Don Bosco. Y así fue.

En Juan Battista Montini, la atención del problema educativo, la formación de los jóvenes, - tal como está documentado por sus biógrafos - es una constante en su pensamiento y en sus acciones, una atención que viene del ambiente familiar.

Preguntemonos: ¿qué nos enseñan estos dos santos a nosotros educadores del tercer milenio? A nadie se le escapa que vivimos hoy un momento de crisis en la educación y que la educación, cada vez más, es una empresa difícil, «porque - como decía Benedicto XVI con profunda visión - “en una cultura que con demasiada frecuencia hace del relativismo su credo, comienza a faltarle la luz de la verdad, hasta llegar a considerar peligroso hablar de la verdad, infundiendo así, dudas sobre los valores básicos de la existencia personal y comunitaria” (Benedicto XVI en la *Plenaria* de la CEC). Esto requiere, más que nunca, tener “la valentía de anunciar el valor ‘amplio’ de la educación (educación integral, educación de toda la persona), para formar personas sólidas, capaces de colaborar con los demás y dar sentido a sus vidas”».

Así pensaba don Bosco, así también Pablo VI, nuestros maestros. Se lee en el libro de Eclesiastés: «¿Encontraste un hombre sabio? Que tus pies gasten el umbral de su puerta».

Ahora crucemos el umbral de la sabiduría de don Bosco - con profundas consonancias en Pablo VI, principalmente en el periodo en que fue asistente de la FUCI-para poseer un secreto en tres palabras.

El centro del Sistema educativo de don Bosco está escrito en caracteres de oro en su vida y está sintetizado en una carta, la famosa *Carta de 1884*. Don Bosco la escribió en Roma - la dictó a su secretario Juan Battista Lemoyne el 10 de mayo de 1884. Estaba todo maltrecho y cansado; enfermo de nostalgia por su Valdoco, sus Salesianos y sus muchachos. A todos ellos escribió, anticipando así su regreso a casa.

Don Pietro Braido, gran conocedor del Método educativo de Don Bosco comenta así: *La carta es breve pero densa*. Sus doce páginas constituyen “el documento más límpido y esencial de la pedagogía de Don Bosco, uno de los documentos más significativos de la pedagogía cristiana”.

Un día de 1854 don Bosco se encontraba en las oficinas del ministro Urbano Rattazzi, platicando con él, y se le preguntó una vez más cuál era su método educativo. Respondió: «Su excelencia no ignora que existen dos sistemas de educación, uno, llamado sistema represivo, el otro, preventivo. El primero tiene como objetivo educar al estudiante por la fuerza, lo reprimen y lo castigan cuando infringe la ley. El sistema preventivo, en cambio, trata de educarlo con dulzura, y, por tanto, lo ayuda suavemente a observar la misma ley, para esto, le administra los medios más idóneos y eficaces para tal propósito. Para nosotros este es precisamente el sistema en vigor».

Por lo tanto, Don Bosco llama a su modo de educar Sistema Preventivo, y lo contrapone al represivo. Es represivo cuando se enseña la ley, el reglamento (padres que continuamente dicen: no debes hacer esto, no debes hacer lo otro...) y después de cada error se le castiga. ¿El preventivo? También ese informa al muchacho lo que es bueno o malo (como Juan Battista Montini insistía en la formación de la conciencia), pero muy distinto es el comportamiento del adulto. Se coloca al lado del joven, con él, de su parte, en la amistad, en el afecto, para recordar el bien, lo ayuda, lo anima. Pienso en la presencia del joven sacerdote GBM (así lo llamaban) entre los jóvenes de la FUCI.

Muchos padres de familia, también hoy, consideran que los jóvenes tengan sus experiencias, cometan errores, y así- dicen- aprenden. Ellos no reflexionan sobre el hecho que ciertas experiencias dañan a los muchachos, que de ciertas aventuras ellos saldrán traumatizados y arruinados para siempre.

En cambio, don Bosco piensa que es necesario prevenir (Sistema Preventivo) las experiencias negativas de los jóvenes, y favorecerles las experiencias positivas (don Bosco tomó la decisión de interesarse por los jóvenes después de visitar las cárceles a donde le había enviado su amigo don Cafasso; el Arzobispo Montini, después de haber constatado el degrado del mundo juvenil, confió los *Barabitt* de Arese a los Salesianos).

Don Bosco afirma que el Sistema Represivo es fácil y cómodo, pero conduce al fracaso de la educación. Añade que el Sistema Preventivo, en cambio, es muy exigente, exige mucho de los educadores, maestros y padres, que estén, pero es el único que puede garantizar un buen resultado.

Pienso en G. B. Montini educador de los jóvenes. Generaciones de jóvenes universitarios encontraron en Él, como asistente de la FUCI, un punto de referencia, un formador de conciencias capaz de entusiasmar, de

recordar el deber de ser testigos en todos los momentos de la vida, y, por tanto, dando a conocer la belleza de la experiencia cristiana. Escuchándolo hablar – confirmaban sus estudiantes de entonces- se percibía el fuego interior que animaba sus palabras.

Pensemos al fascino de don Bosco y a lo que sus muchachos hacían por él (por ejemplo, cuando estaba muriendo), ofreciendo aún la vida.

«Este sistema – en palabras de Don Bosco – se basa enteramente en la razón, la religión y la afabilidad».

Todo don Bosco educador en tres palabras.

Afabilidad

La afabilidad se refiere a la virtud de la caridad, que es la virtud cristiana por excelencia. Fundamentalmente para el cristiano, esta es fundamental, principalmente para Don Bosco que comenzó a considerarla seriamente desde joven, desde el «sueño de los nueve años». «En el sueño – narró – me parecía estar cerca de casa, en un patio bastante grande, donde una multitud de niños estaban jugando. Algunos estaban riendo, otros jugaban, no pocos blasfemaban. Cuando escuché estas blasfemas, me lancé de inmediato entre ellos, con los puños y palabras para callarlos. En ese momento apareció un hombre venerable... Su rostro era tan brillante que yo no podía mirarlo. Me llamó por nombre, y me ordenó de ponerme a la cabeza de esos niños, añadiendo estas palabras: “No con golpes, sino con la mansedumbre y la caridad tendrás que ganarte estos amigos tuyos”».

En el sueño de la «Carta 1884» el primero de sus interlocutores, el exalumno Valfrè, le explica a don Bosco la eficacia de la afabilidad. «Vea – le dice -, la familiaridad lleva al afecto, y el afecto lleva a la confianza». Es sólo la confianza el punto de inflexión en la educación «preventiva»: en efecto «abre los corazones, que revelan todo sin miedo...se vuelven francos... se muestran dóciles a todo lo que quiera ordenar aquél del cual están seguros de ser amados».

El camino de la afabilidad, que conduce a la confianza, no siempre es fácil: hacerse amigo de los jóvenes – ya sean los mismos hijos- es una conquista lenta. «Nuestro trabajo es hacernos amar» dice don Bosco y aún más: «Recuerden que la educación es una cosa del corazón». Por esto habla de la afabilidad. No de cualquier amor, sino de un amor que brilla a través de la conducta, del modo de actuar y de hablar, del tono de la voz, de la sonrisa.

Don Bosco dió el nombre de Salesianos a sus hijos porque quería que fuesen como san Francisco de Sales, el santo de la dulzura. Y repetía a menudo estas palabras de San Francisco de Sales, que son una obra maestra de ingenio y de verdad: «Se pueden capturar más moscas con una gota de miel, que con un barril de vinagre». Un verdadero educador, una verdadera educadora, ama aquello que les gusta a los jóvenes, así que los jóvenes lleguen a amar aquello que gusta a los educadores.

Decía a sus Salesianos: «Los educadores amen lo que gusta a los jóvenes, y los jóvenes amarán lo que gusta a los educadores».

En el prefacio del libro de oraciones que imprimió para los jóvenes y que fue difundido por decenios en millones de copias, aún después de su muerte, don Bosco escribió: «Queridos míos, les amo con todo el corazón. Es suficiente que sean jóvenes, para que yo les quiera tanto».

Las consecuencias educativas de «saberse amados», son extraordinarias para los jóvenes. Decía Don Bosco: «La primera felicidad de un niño es saberse amado». En el sueño del 1884 enumera estos principios: «Quien se sabe amado, ama. Y quien es amado, obtiene todo. Especialmente de los jóvenes».

Razón

La razón es el segundo elemento del secreto educativo de Don Bosco. Está claro que, como él decía, se trata de «dejarse guiar siempre por la razón, y no por la pasión».

En la educación, la razón se expresa principalmente por el diálogo (Pablo VI fue “hombre de diálogo”, fue llamado “artista del diálogo”, un diálogo que durante el papado tuvo su apogeo en el encuentro con el Patriarca Atenágoras). Y don Bosco da el ejemplo. Se lee en su biografía: «Su recámara estaba siempre abierta para quien deseara hablarle. Nunca se quejó de la indiscreción con la cual era frecuentemente molestado, y a todos acogía con paterna familiaridad, dándoles la libertad de cuestionar, de exponer las acusaciones y las defensas. Los trataba como grandes señores: los invitaba a sentarse en el sofá mientras él se sentaba sobre la mesa: les escuchaba con la mayor atención, o bien, se levantaba y paseaba con ellos por la habitación. Después de la entrevista los acompañaba hasta la puerta, abría él mismo la puerta, y se despedía de ellos, diciendo: “¡Somos siempre amigos!”».

El diálogo requiere principalmente de la presencia, ser próximo al joven. Don Bosco decía a los Salesianos: «¡Pasen con los jóvenes todo el

tiempo posible!». El educador debe estar con el joven, en su compañía, y juntos en la alegría. Dice el proverbio chino: «Quien no sabe sonreír no abra una tienda», y nosotros podremos decir que quien no sabe sonreír no debería educar.

En esto don Bosco es un ejemplo. Cuando era seminarista organizó entre sus compañeros un “grupo espontáneo” al cual nombró “Sociedad de la alegría”. Domingo Savio, el niño santo, su obra maestra educativa, que había tomado la vida terriblemente en serio, pero contagiado por la serenidad de don Bosco, hasta el punto de decir a los nuevos compañeros que llegaban al Oratorio: «Aquí nuestra santidad consiste en estar siempre alegres».

Una presencia serena y alegre se transforma rápidamente en conversación. Decía don Bosco a sus Salesianos: «Dese espacio a los estudiantes de expresar libremente sus pensamientos». E insistía: «Escúchenles, déjenles hablar mucho».

Supongamos que un joven con tantas cosas por contar regrese a casa y quiera comunicar, pero ninguno lo escucha. Se convence que la casa no es un ambiente de conversación, de amistad, y, por tanto, renuncia a hablar. Más tarde, un día tendrá graves problemas... Si se dialoga verdaderamente, entonces nace la confianza. Y para don Bosco – se ha visto – la confianza es el punto clave de la educación. Él decía: «Es imposible poder educar bien a los jóvenes, si estos no confían».

Además de la confianza, otro efecto del diálogo es el enriquecimiento recíproco. Es conocido el ejemplo aquí citado: «Si yo tengo un euro y tú tienes un euro, y los intercambiamos, al final quedamos con un euro cada uno, como antes. Pero si yo tengo una idea y tú tienes una idea, y la intercambiamos, al final nos encontramos con dos ideas cada uno».

El diálogo con los padres, en familia, es particularmente importante para el niño, ya que lo ayuda a desarrollar con las personas que ama su proyecto de vida, el proyecto de su futuro. En el diálogo, los padres de familia no sólo ayudan a los hijos a hacer su proyecto de vida autónomo, sino también les ayudan a lograrlo. Mientras más pequeños son los hijos, más necesidad tienen de ayuda. Es necesario mostrarles cómo se vive y es necesario motivar lo que se hace. Don Bosco decía: «Las cosas deben repetirse cien veces a los jóvenes, y aun así no es suficiente». Decía: «¡Hablen, hablen! ¡Aconsejen, aconsejen!». Así exhortaba a los educadores: «Hablen como padres amorosos, sean guías en cada evento, den consejos y corrijan amablemente».

Religión

Don Bosco en 1885 realizó una empresa que había asombrado a los turineses: había llevado a pasear a los chicos de la Generala (hoy «Ferrante Aporti»), la cárcel de menores. Un día entre campos y bosques. Y los chicos, renunciando a la oportunidad de fugarse, todos regresaron en la noche a la Generala. Era un milagro. El ministro Rattazzi unos días después tuvo una charla con don Bosco y le hizo la misma pregunta de siempre: ¿Cómo hacía para tener tanta influencia en los chicos? Respondió él: «Nuestra fuerza es una fuerza moral. A diferencia del estado, que no sabe qué comandar ni qué castigar, nosotros hablamos al corazón de los jóvenes. Y nuestra palabra es la Palabra de Dios».

Don Bosco llevaba a los jóvenes la Palabra de Dios. Para la religiosidad sucede lo que a la afabilidad y a la razón: la fe delos adultos, de los padres de familia, puede y debe involucrar al chico y contagiarlo. Así como se enciende una vela, acercándola a otra vela ya encendida, así el chico ilumina su fe en la de sus padres.

Juan Battista Montini, después Pablo VI, decía a los jóvenes: “Si ustedes adquieren consciencia de Cristo, y a Él se adhieren, sucede que ustedes llegan a ser interiormente libres ...; sabrán por qué y para quien vivir; y al mismo tiempo, algo maravilloso, sentirán nacer en ustedes la ciencia de la amistad, de la sociabilidad del amor”.

Razón, religión y benevolencia son, entonces, los tres secretos del sistema educativo de don Bosco: secretos para llevar a cabo y vivir principalmente por los educadores y padres de familia como valores irrenunciables, y luego transmitirlos a los jóvenes.

Al final de su vida, Pablo VI se dirigió así a los miembros del Capítulo General XXI de los Salesianos: «¡Sean bendecidos, comprendidos, colmados de las gracias que el Señor desea para ustedes, y para el mundo y para la Iglesia! Y que la familia Salesiana esté siempre a la cabeza de la Iglesia viva, la que está con los problemas vitales, contingentes, sí, y pasajeros y difusos en tantas fenomenologías diferentes, pero siempre humanas, siempre cristianas. ¡Sean verdaderamente Salesianos! Si supieran cuántas personas, cuántas ocasiones, cuántas reuniones ha habido alrededor de nosotros, pero la de ustedes nos conmueve de una manera especial y nos da el gozo y la esperanza, que, efectivamente, la Iglesia de hoy sea la de don Bosco, la Iglesia viva». (Discurso del 26-1-1978 en G. Caputa (a cura), *Con las manos y el corazón de don Bosco... Discursos de Papa Montini a la Familia Salesiana*).

USTEDES tienen un único tesoro

Ustedes tienen obras, colegios, oratorios y casa para los jóvenes, pero no tienen más que un único tesoro: la pedagogía de don Bosco. Arriesguen todo lo demás: son sólo medios; pero salven su pedagogía. Veinte años de ministerio en la reeducación de los jóvenes me obligan a decirles: son responsables de este tesoro frente a la Iglesia y al mundo.

En un mundo en el cual los chicos son traicionados, disecados, torturados, clasificados, psicoanalizados, donde frecuentemente son materia prima, el Señor les ha confiado una pedagogía en la cual triunfa el respeto al chico, su grandeza y su debilidad, su dignidad de hijo de Dios. Consérvenla, renuévenla, rejuvenézcanla.

Enriquezcanla de los descubrimientos modernos, adaptenlas a estas creaturas golpeadas por el siglo veinte y por sus dramas, que don Bosco no pudo ver.

Pero por favor, consérvenla.

Cambien todo, y si tal es el caso, pierdan sus casas, ino importa! Pero conserven la pedagogía de don Bosco, iconstruyendo en miles de corazones la manera de amar y de salvar a los jóvenes que han heredado de don Bosco!

(P. DUVALLET, Capellán de la cárcel y colaborador de Abbé Pierre)